

## El equívoco intelectual

La muerte del físico danés Niels Bohr, el creador del modelo atómico de la física moderna, con su interpretación extremista, probabilista, del fenómeno de mutación indeterminada que puso de manifiesto la constante descubierta por Max Planck llamada cuanto de acción, me ha incitado, precisamente a causa de tal interpretación contra el principio de la causalidad, a volver la vista hacia las obras del pensamiento donde primero asoma ese luego principio clásico de la ciencia. Es decir que he releído el problema de Lucrecio *De la naturaleza (De rerum natura)*, no buscando, claro está la poesía que en el siglo anterior a Jesucristo seguía siendo una manera natural de exponer el conocimiento filosófico de las leyes generales que rigen el mundo físico, sino el sentido de la ciencia a la manera de Demócrito, percibido por Lucrecio en el epicureísmo.

Y una vez más se ha levantado en mí la pregunta: ¿cómo es posible que después de haber llegado la inteligencia del hombre a la comprensión tan evidente de las cosas como dice Lucrecio (*rerum*), de la naturaleza haya continuado, y en los hombres más inteligentes, fabricando patrañas. ¿Qué significa que, cual si no hubieran existido Lucrecio, Epicuro y Demócrito, Leucipo, se produzca una inteligencia poderosa como por ejemplo la de Raimundo Lulio de quien puede señalar Descartes la inutilidad del arte combinatorio para la deducción y demostración lógica de todo saber, su *Arte Magna* sólo buena “para hablar sin juicio de las cosas que se ignoran”? Sin duda Lulio desconocía no sólo a Demócrito sino a los demás presocráticos, también a Epicuro y a Lucrecio. Ahora es cuando estos pensadores antiguos empiezan a ser conocidos. Hay un desconocimiento peor que el material de los textos: el equívoco al interpretarlos.

La peripecia intelectual más increíble es la de Aristóteles. Sus textos fueron llevados a España por los árabes, que en su correría por el mediterráneo, recogieron los restos de la cultura griega y las avanzadas de los conocimientos chinos. Los textos aristotélicos se estudiaban

en la Universidad musulmana de Córdoba; estudiantes judíos llevaron traducciones o noticias de ellos a las universidades católicas de Europa; estudiantes franceses, ingleses, alemanes, acudían a estudiarlos en la Universidad cordobesa. El resultado fue el Aristóteles estrecho de la escolástica al que hoy no se le da crédito; está surgiendo el auténtico, amplio, de larga vista, el que lo descubrió aunque lo criticara a Demócrito. En cambio su maestro, el de Aristóteles, Platón, pasó a Demócrito en silencio, lo suprimió y hasta pensó en quemar sus obras. Si Lucrecio salvó el pensamiento verdaderamente científico que las animaba, si tuvo noticias de ella, se lo debe a Aristóteles y al mejor discípulo de éste, Teofrasto. De Leucipo a quien seguía Demócrito apenas se tienen noticias. Por una referencia se le achaca la ley universal: “Nada existe en vano sino todo por razón y por necesidad”.

Demócrito casi contemporáneo de Sócrates está considerado como uno de los últimos pensadores presocráticos, esos pensadores a quienes se les ha dado tanta importancia en nuestro tiempo y que paradójicamente desconciertan porque tienen ideas que se dirían de hoy. Para Demócrito no existen como explicación los cuatro elementos —tierra, aire, agua y fuego— convertidos en principio con los que se explicaba todo. Todo está formado de átomos, las partículas más pequeñas de la materia y los átomos se hayan en el vacío, hoy le llamamos espacio. A esta idea, tan científica y tan actual, la reforzaba esta otra: no tenemos más medios que conocer la verdad que los sentimientos y éstos son engañosos.

Lo formidable de la ciencia consiste en su falta de dogmatismo, en sus rectificaciones, en sus superaciones constantes, que la pueden conducir de una idea a la contraria y ha constituido así el hilo conductor de la corriente estremecedora que lleva la verdad. El hombre de ciencia hacía tiempo que tenía pruebas de ello en sus laboratorios; pero el hombre de la calle, cuando por primera vez vio al ser humano hacerse ingrávido y subir por sus propios medios al cielo es cuando pudo sentir el estremecimiento no de la hazaña ni del talento sino de algo que la humanidad, a través de sus contradicciones y refutaciones, era lo único que no la engañaba. Ahora que el hombre, con mayor gravedad que a las fuerzas terrestres más peligrosas, teme a la verdad, parece sentir que la única verdad es lo que haría explotar la vida. Por eso, sin duda, oculta lo verdadero aún en mentes poderosas: Raimundo Lulio, Platón.

(*Expreso*, 5 de diciembre de 1962)